

curso, diciendo que el emperador de Francia no era menos enemigo de los Estados Unidos que los jefes de la rebelión del Sur. Y proseguía: «El Sr. De la Fuente, último ministro de Méjico en París, decía al regresar que si un norteamericano dijese allá que esta República disfruta del favor del Gobierno francés, se reírían de su ignorancia.» Con esto se llevaba de frente á Mr. Seward y á Mr. Sumner, las dos columnas de la diplomacia norteamericana.

☉ Efectivamente, una cosa era procurar el mantenimiento de la paz con Francia, y otra, muy ridícula, dar crédito á las protestas del Gobierno imperial. Pero hay que convenir en que la moción de McDougall para que se declarase la guerra á Francia, era impolítica, é inadecuadas las razones en que quiso fundarla. Seward y Sumner estaban bien apoyados por el sentimiento dominante en las clases directoras al querer prolongar cuanto fuese posible la paz con Francia, rechazando, por supuesto, enérgicamente, la tentativa de mediación de aquel Gobierno entre el de la Unión y los rebeldes. Mr. Seward tuvo un hermoso arranque de americanismo al decir: «M. Drouyn de Lhuys se equivoca en la descripción de las partes contendientes en este conflicto. Aquí no tenemos, políticamente hablando, ni Norte ni Sur; ni Estados del Norte, ni Estados del Sur. Tenemos un partido insurrecto que se apoya en las costas del Golfo de Méjico y un pueblo leal que constituye no sólo los Estados del Norte, sino los del Este, del Centro, del Oeste y del Sur.» Esta respuesta de Mr. Seward á una insinuación injuriosa para la dignidad americana, lo puso frente al Gobierno imperial. Los opositores del secretario de Estado, con Sumner á la cabeza, se hicieron del bando de Francia. Triunfó la opinión de Seward, que era la opinión general y que arrastró á Sumner. En ambas Cámaras se aprobaron resoluciones vigorosas contra la mediación europea.

☉ Entretanto, el bombardeo de Vicksburg comenzaba. La ansiedad era inmensa en el Norte; pero no tardó la noticia de las victorias de Grant. La rebelión estaba circunvalada y su derrota era segura.

☉ D. Matías Romero pidió sus pasaportes y se retiró de Washington á fines de abril de 1863, con el propósito de prestar sus servicios al país en las operaciones militares contra Francia, ya que eran inútiles en la diplomacia, por la renuencia de los políticos norteamericanos á todo convenio. Sin embargo, como ya hemos visto, el Gobierno de Méjico dispuso que Romero volviese á Washington, y así fué, presentándose de nuevo ante Seward en octubre. Las disposiciones del departamento de Estado eran las mismas que había visto en la primavera. Ciertamente, las ventajas obtenidas por el Gobierno federal podían considerarse como decisivas; pero la resistencia de los rebeldes era tal, que les permitía mantenerse durante mucho tiempo como una amenaza, y en esta situación se presentaba, con la fuerza de un deber preferente de los directores de la política nacional, impedir toda complicación extranjera, ya que afortunadamente se habían

frustrado la peligrosa conspiración del emperador de los franceses en favor de la independencia de los sudistas y la maniobra que dirigió contra estos mismos para obtener la segregación de Tejas. Así, pues, D. Matías debía abstenerse de tocar puntos referentes á la ocupación francesa de su patria, hecho que pretendía ignorar la diplomacia norteamericana.

☉ La resolución adoptada por Seward era muy sencilla y muy hábil. Se colocó á un lado del camino de los franceses, para no estorbarles el paso; pero se negó á marchar con ellos. Así, pues, no tenían cubierta la retaguardia, y podían verse envueltos por el vecino. Esta simple disposición, que en apariencia nada significaba, inmovilizó á los franceses. No podían avanzar sin recelos, ni retirarse sin humillación. Aquel testigo mudo les exasperaba. Cuando llegaron, al pedir permiso para entrar, dijeron que no venían á intervenir, sino á pagarse. Seward fingió creerlo. D. Matías Romero, escandalizado de aquella inocencia, se agitaba para demostrar la perfidia de Napoleón. Seward seguía fingiendo. Este fingimiento fué toda una obra maestra, no sólo de diplomacia, sino de ironía. Cuando Seward tuvo noticia de las intenciones reales de Napoleón y supo que trataba nada menos que de estorbar la expansión anglo-sajona en América, dijo que aquello era una necedad — A COARSE BLUNDER — y se preparó para un castigo muy cruel. ¿Conque Francia declara que sólo quiere pagarse? Pues que se pague: nada tenemos que objetar. Eso quiere decir que hace la guerra á Méjico, y en esta guerra somos neutrales... á gusto de Francia, para que no tenga motivos de queja. ¿Dice que en Méjico no hay gobierno y que es preciso edificar uno, republicano ó monárquico, según lo pida el país? Pues que haga su gobierno. A esto no le llamaremos intervención. Está convenido que no hay intervención, sino guerra por deudas entre Francia y Méjico. Francia no puede negar esto, porque negarlo sería confesar la intervención. Luego seguimos en el valor entendido de la guerra entre Napoleón y Juárez. El Gobierno de Juárez, proseguía Seward, es el depositario de nuestro monroísmo, para cuando nos convenga sacarlo á luz. Entretanto, este Gobierno de que nos servimos para tal fin, va claudicando, muriéndose. Que se muera. Seguiremos con la farsa de la guerra por deudas, y veremos en qué pára esto.

☉ Napoleón, exasperado con el juego de Seward, planteó la cuestión de reconocimiento de la situación creada por él en Méjico, y para comprar este reconocimiento, hablaba de retirar sus fuerzas. Pero, entonces, ¿qué significaba la carta á Forey? Napoleón venía para impedir la expansión de la raza anglo-sajona y ya pedía que la raza anglo-sajona le garantizase su obra. Esto era dejar el queso por salir de la ratonera.

☉ Seward siguió irónico. La regencia del Imperio solicitó el reconocimiento. Silencio de Mr. Seward. El Sr. De la Fuente protestó contra el establecimiento del Imperio. Silencio de Mr. Seward. El Gobierno francés avisó que al restablecerse la paz en Méjico y al instalarse Maximiliano por el sufragio universal, las fuerzas expedicionarias saldrían del país, hecho que se apresuraría con el reconocimiento del nuevo emperador. Aquí sí fué ya preciso contestar lo de siempre. ¿Qué tenían que ver los Estados Unidos en aquella guerra? Consideraban muy

difícil el establecimiento de un Gobierno monárquico, pero si tal era la voluntad del pueblo mejicano, los Estados Unidos tendrían que respetarla. En suma, lo que decían era: «Sigan ustedes y no nos pidan parecer.»

☪ El Congreso comenzó á revolver los papeles de Seward. McDougall, el senador ya mencionado, insistía en hacer una agitación para que se declarase la guerra á Francia; pero McDougall estaba aislado. Nadie quería la guerra con Francia.

☪ En la Cámara de Diputados, Mr. Kasson, con más acierto que McDougall, presentó una resolución que, por expresar simples opiniones, fácilmente podía pasar en la votación. Según esa resolución, el Congreso declaraba que había recibido con profundo sentimiento la noticia de la tentativa para establecer una monarquía en Méjico por medio de la violencia, y expresaba la convicción de que tal empresa sería considerada en América como una amenaza á la dignidad y seguridad de los gobiernos populares. Después de los trámites parlamentarios, la proposición fué presentada por Mr. Winter Davis, presidente de la Comisión de relaciones, y adoptada unánimemente en los siguientes términos: «La Cámara de Representantes y el Senado de los Estados Unidos, reunidos en Congreso, resuelven: Que el Congreso de los Estados Unidos desea que su silencio no haga creer á las naciones del mundo, que es espectador indiferente de los deplorables acontecimientos que se efectúan en la República de Méjico, y por lo mismo considera conveniente declarar que no está de acuerdo con las convicciones del pueblo de los Estados Unidos reconocer un Gobierno monárquico, erigido bajo los auspicios de alguna potencia europea sobre las ruinas de una República americana.» Mr. Seward, que no en balde había estado haciendo prodigios de mansedumbre para sacar á flote su propósito de envolver á Napoleón cuando terminase la guerra civil, recibió de mal talante la resolución, cuya votación en la Cámara no había podido evitar. Tenía razones, aparte de las apuntadas, para no precipitarse. Juárez andaba muy mal, según sus noticias. Mr. Corwin y los cónsules americanos le decían tales cosas, que él no auguraba larga vida al Gobierno de Juárez. No era el momento de avanzar á brincos. ¡Tremendo ridículo el de una declaración como la de la Cámara, cuando Juárez tal vez pasaba á territorio tejano! Había que dejar expedita la marcha política de la administración, teniendo en cuenta todas las eventualidades. Pero, ¿reconocería el Imperio? ¿Y por qué no? Ignoramos lo que hubiera hecho, y sólo sabemos que deseaba estar en libertad de hacer lo que le pareciese propio.

☪ Así fué como tomó la pluma para escribir á Mr. Dayton cuatro ó cinco días después de votada la resolución. No creía inútil decir que la proposición interpretaba el sentimiento unánime del pueblo de los Estados Unidos respecto á Méjico; pero eso no indicaba que fuera conveniente expresarse como lo había hecho la Cámara, cuestión, por otra parte, de orden práctico y del resorte del Ejecutivo. Además, debía advertirse que la declaración de la Cámara, para ser ley, necesitaba, primero, el voto concurrente del Senado, y después la sanción del Presidente, ó, á falta de ésta, los votos de dos tercios en ambas Cámaras. El Presidente recibía con profundo respeto la opinión de la Cámara de Represen-

tantes; pero con el mismo respeto se atravesaba para impedir que la aprobase el Senado, y declaraba á Francia que no tuviese cuidado, pues seguiría el mismo juego de la guerra por deudas, con la neutralidad convenida. El Gobierno francés no pudo menos que agradecer estas explicaciones amistosas y siguió adelante con su empresa. Seward triunfaba.

☪ La Cámara de Representantes no recibió muy bien las explicaciones diplomáticas dadas á Francia; pero la maniobra de Seward neutralizó los esfuerzos de Winter Davis para dar una respuesta fustigadora. Pasó el año y sólo á fines del mismo, es decir, en diciembre, se resolvió «que el Congreso tiene el derecho constitucional de declarar autoritativamente y prescribir cuál deberá ser la política exterior de los Estados Unidos, tanto en el reconocimiento de naciones nuevas como en otras materias, y que el departamento ejecutivo, por su parte, tiene el deber constitucional de respetar esa política en las negociaciones diplomáticas, no menos que en el uso de la fuerza nacional cuando se le autorice á emplearla según la ley». Se aprobó, igualmente, otra proposición que decía: «La procedencia de cualquiera declaración de política exterior hecha por el Congreso, queda suficientemente demostrada con el voto que la expresa, y mientras esa proposición esté pendiente y sin determinarse, no da materia propia para hacer explicaciones diplomáticas á una potencia extranjera.» Esto era una censura, no una norma; era una opinión constitucional, no una traba. La diplomacia de Seward salía indemne. No mezcló á su patria en la cuestión de Méjico durante la guerra civil.

☪ ☪ ☪

☪ Tomada Richmond, se trataba de no tener guerra por la guerra misma, y ya no sólo por las complicaciones que traería en la cuestión con los confederados del Sur. Hemos tocado ya este punto aunque incidentalmente, y no es necesario insistir: hemos visto cómo Mr. Seward concentró todo su empeño en desviar la corriente belicosa, y pasamos á dar cuenta de sus relaciones con Francia después de la guerra civil; pero antes, conviene incluir algunas noticias especiales sobre el punto referido.

☪ La entrevista de Mr. Seward y D. Matías Romero, efectuada el 22 de julio de 1865, es una de las más interesantes, porque señala el inflexible rigor de la secretaría de Estado para impedir que los Estados Unidos tomasen participación en nuestra contienda, aun por medio de elementos privados. Era el tiempo en que Romero (supliendo con muy poco juicio la inacción de nuestra secretaría de Relaciones, que llegó á dejar pasar hasta tres meses sin dirigir instrucciones á su ministro en Washington), hacía el malaventurado arreglo con el general Schofield para traernos una invasión más funesta que la de los franceses.

☪ Las explicaciones que mediaron entre el secretario de Estado y nuestro ministro fueron francas y se extendieron á todas las cuestiones que debían quedar dilucidadas. Después de la guerra, los Estados Unidos tenían dos políticas: ó

seguir la de neutralidad ó adoptar la de acción contra los franceses. Si se adoptaba la política de neutralidad, ¿sería la de una neutralidad bien intencionada, ó de una neutralidad, como hasta entonces, para uso de los franceses? Seward contestó que los Estados Unidos serían franca y lealmente neutrales, sin miedo á los franceses. Méjico podía comprar sus artículos de contrabando de guerra y levantar empréstitos. Lo que él no podía permitir era que los oficiales del ejército de la Unión pasasen á Méjico y que alguno de sus generales de prestigio encabezase las fuerzas nacionales. Sobre este punto fué explícito, como lo había sido cuando, negociado el convenio Corwin-Doblado, nuestra secretaría de Relaciones cometió la ligereza de girar letras contra el Gobierno de los Estados Unidos, y luego Romero la de solicitar un préstamo insignificante para los gastos de don José Ramón Pacheco, enviado á Europa con una comisión semejante á la que después se encomendó al gran patriota D. Jesús Terán. Seward se irguió casi airado para decirle á Romero: «Méjico no debe solicitar favores de nosotros.» Y era claro: ¿no decía constantemente Romero que aun estaba por una colonia francesa que nos librase de expoliaciones norteamericanas?

¶ En la entrevista á que nos referimos, volvió Seward á su antiguo é invariable tema, pues dijo á Romero, según los propios términos de éste, que sería más honroso para nosotros salvarnos con nuestros propios esfuerzos, pues así tendríamos más probabilidades de estabilidad en el orden de cosas que fundásemos, y, sobre todo, menos peligros. «¿Quién podrá decir, agregó, lo que costaría á Méjico que los Estados Unidos fueran á arrojar á los franceses de su territorio?» Dijo, también, «que él estaría siempre en contra de esta política, porque lo está en contra de toda intervención extranjera: si los Estados Unidos ayudan á los independentes de Méjico, volverán sus enemigos á todos los afrancesados y habrá un partido contra ellos en el país, que no le permitirá establecer ningún orden de cosas, quedando los norteamericanos en la misma situación en que están los franceses ahora.» Esto sin contar con los peligros, á que sólo hizo alusión por demasiado conocidos.

¶ Ya sabía, pues, Romero, á qué atenerse sobre los dos negocios que entretenían por entonces su actividad: el de préstamos para arbitrar fondos y el de envío de hombres, armas y municiones. Romero entendía, y así se lo dijo á Seward, que los franceses tendrían que irse por cansancio, si no eran arrojados del país, y creía también que Méjico, por sí solo, sin el auxilio norteamericano, sería capaz de arrojar al invasor, siempre que tuviera dinero para armarse, y más aún si le alcanzaba para reclutar voluntarios en los Estados Unidos. El problema consistía en arbitrar fondos, ya no por un tratado con el Gobierno de los Estados Unidos, sino por un empréstito que creía realizable. Empezó á dar pasos para esto desde mayo de 1865, á reserva de las instrucciones que se le dieran y que llegarían en agosto. Desde fines del año anterior, el Gobierno había comisionado á los generales D. Gaspar Sánchez Ochoa y D. José María Carvajal para que levantaran empréstitos y con sus productos organizaran expediciones. Los dos comisionados emplearon todo el año de 1865 en arreglos inconvenientes por diversas causas: mientras Sánchez Ochoa hizo las cosas tan raquíticamente

que por treinta mil pesos entregó diez millones de bonos en garantía y se ató las manos para el buen éxito ulterior de sus negociaciones; Carvajal, poseído de megalomanía financiera, comenzó por entregar los Estados de San Luis y Tamaulipas á un tal Daniel Woodhouse, y acabó por contratar un empréstito con la casa Corlies y Compañía, que, después de causar mil disgustos, produjo sólo tres cargamentos de armas y municiones, malas en su totalidad y de influencia nula en los acontecimientos.

¶ Como D. Matías Romero creía posible negociar un empréstito, según hemos dicho, se le confirieron facultades muy amplias para realizarlo, y á la vez recibió el encargo de tomar bajo su dirección á los dos generales financieros. Romero no pudo contratar el empréstito, y sus servicios en este punto se limitaron á la obra de vigilancia que tenía encomendada.

¶ Sería de extrañar que no se hubiese enviado una persona de notoria competencia para entender en estos asuntos, si no fuera por la opinión errónea que se tenía de la habilidad y del sentido práctico de Romero, equiparados á su infatigable actividad. Romero no podía corregir los desatinos de los generales, porque sólo estaba para impedir los efectos de la impericia con que necesariamente habían de proceder. Quedaba el recurso de que se hiciera director de aquellos negocios, excluyendo á los comisionados, y esto era lo mejor. Al dársele facultades para que contratase un empréstito, esto fué lo que se tuvo en la mente; pero había que considerar la incompatibilidad entre las funciones diplomáticas y las financieras. Una sola de ellas bastaba para absorber completamente al ministro. O estaba en Nueva York al frente de una oficina financiera, ó en Washington al frente de su legación. Es lamentable que el Gobierno se hubiese atenido á esta defectuosa organización de sus negocios en los Estados Unidos, y más aún cuando se vió que Romero nada hacía por su propia cuenta y que Carvajal centuplicaba las causas del desagrado que ya había, por su propensión á tratar excediéndose de las facultades que tenía, siempre en términos ruinosos para el país y amenazadores para su integridad. Un hombre de notoria aptitud, como D. José María Iglesias ó D. Jesús Terán, habría alcanzado, si no brillantísimos, por lo menos muy apreciables resultados al frente de una oficina financiera.

¶ D. Matías Romero había emprendido una negociación subterránea con el Presidente de los Estados Unidos, á espaldas de Seward y con la ayuda del general Grant. Muerto Lincoln, de quien tenía muy pobre concepto, pues le juzgaba inerte y tímido, creyó que Johnson emprendería una política de agresión contra Francia. Su propósito era que el Presidente favoreciese á Méjico, vindicando la doctrina de Monroe y no poniendo obstáculos á la emigración armada de sesenta mil hombres de los que iban á ser inmediatamente licenciados. Romero pretendía que para evitar la irrupción de aventureros, convenía regularizar esa corriente, poniendo al frente de ella á un general de mérito. ¿Y quién